

*Conferencia multifacética
Dr. Beato José Gregorio Hernández:
un ser cabal contrariado*

Las tres almas de José Gregorio Hernández

*Sesión Solemne especial de la Academia de Medicina
y la Asociación de egresados y amigos de la UCV
Paraninfo de la Academia de Medicina.
Palacio de las Academias
Caracas, 2 de marzo de 2023*

Dr. Carlos Ortiz Bruzual

Es muy raro que alguien no sepa quién es José Gregorio Hernández, pero tanto o más raro es que alguien sepa quién fue. La vida y su vida quisieron que la posteridad lo hiciera presencia ubicua en la cotidianidad. Como se sabe, su entierro hizo colapsar a la Caracas que lo lloró. Desde La Pastora hasta el casco central, las calles desaparecieron bajo una masa sobre la cual avanzaba el ataúd como un bote arrastrado por una fuerza mayor que la del mar, por una energía humana que –pese a emerger de la carne y la pasión de miles personas– se puede decir

*Profesor UCV
Filósofo, Escritor y Editor*

que no era de este mundo. Esa despedida fue también aclamación y proclamación: el pueblo lo declaró santo y gritó a todo pulmón que ese santo era suyo. Para la historia quedó la escena de la gente gritando “¡José Gregorio es nuestro!”, a las afueras de la Universidad Central de Venezuela.

Desde ese primer momento, se convirtió en una presencia que fue ocupando todo tipo de lugares en las casas, los comercios, los hospitales, los vehículos, las carteras, las mesas de noche, los escritorios, cajas registradoras ... y las calles. De modo que caminar Caracas es toparse con él, incluso más que con el Ávila. Esa permanencia seguramente sea una de las razones por las que la mayoría de la gente no necesita informarse acerca del hombre que fue. Aquí intentamos una aproximación a él bastante empírica, basada en lo que sugieren sus propias cartas. Su lectura nos sumerge en la intimidad de un hombre en el que parecían habitar al menos tres personas, o tres almas, que abrían alas hacia cielos distintos y que sin embargo no se contradecían entre sí. Tal vez por aquello que el propio Hernández dijo de sí mismo:

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir: Le responderé que todo es uno¹.

Esa convicción de integridad ontológica –la de ser uno siendo más de uno– adquiere en él la condición de un *ethos*; algo que él es por definición, por decisión y por destino. Leer sus cartas nos ayuda a captar esto: vemos al joven que se define a sí mismo cuando da cuenta de sus inquietudes y sus infortunios. En el tiempo en que se va a ejercer la medicina a Trujillo entra en estado de melancolía por lo que ve a su alrededor: mucha pobreza, mucha ignorancia, atraso, enormes dificultades para poder emprender cualquier proyecto y hasta para atender adecuadamente a la gente. Está de vuelta en la tierra de la que salió para hacerse médico y descubre que es un mundo olvidado, muy desconectado de la modernidad. Esto lo afecta seriamente, sobre

¹*Prólogo a su obra Elementos de filosofía, Caracas, Empresa El Cojo, 1919.*

todo por la precariedad que conlleva tanto atraso. Pero también lo afectan las imposturas y la manera de ser de ciertas personas, con lo que se revela también que es un hombre en conflicto permanente con ciertas actitudes. Habla, por ejemplo, de un boticario que hace las veces de médico en la zona donde vive en los Andes y que le parece petulante, ignorante, que alardea de que sabe mucho y se muestra como si estuviese formado en todo, pero no deja de ser un charlatán. No esconde el malestar que esto le genera y se expresa en términos muy duros, como se aprecia en carta a Santos Aníbal Dominici, fechada el 18 de septiembre de 1888:

...el boticario es un aficionado solamente y (...) me dice: “Nosotros los médicos”, porque a más de ser aficionado a la farmacia lo es también a la medicina, y la primera vez que habló conmigo me aturdió con un tecnicismo indigesto y estúpido; me contó que curaba la disentería con cinco gramos de quinina al día, y, como yo me asustara, me tranquilizó completamente y me aconsejó que así lo hiciera...²

Así aparece una actitud que pesa en su vida: la antipatía hacia las personas que tienen pretensiones de saber algo sin saberlo, hacia quienes presumen de tener influencia sobre los demás o tratan de hacer pasar la arbitrariedad como autoridad. A veces cuestiona explícitamente a ciertas personas a quienes señala por su nombre, pero lo hace en una forma que deja ver su rechazo hacia la mezquindad y la trapacería. Esto le da una conciencia de sí y de los demás que le permite no extraviarse en el camino, es una forma de definirse a sí mismo por negación, al enfatizar aquello que rechaza porque le recuerda lo que él no quiere ser.

Esa claridad en su juicio, que a veces se expresa sutilmente, puede también ser tajante y ruda:

²ORTIZ B., Carlos. *Santa palabra. José Gregorio Hernández por sí mismo. Editorial Dahbar. Caracas, 2021, p. 57*

Estoy loco por saber los nombramientos universitarios; mándame el decreto inmediatamente que salga; ya que tú comprenderás que estoy muy intranquilo, aunque Rojas ofreció a tu papá dejarlo en el rectorado; pero con estos hombres no hay seguridad, dicen hoy una cosa y mañana otra³.

Pero esa autoconciencia y esa rectitud también le hacen las cosas más amargas, pues no parece dispuesto a negociar ciertas posturas a las que se aferra. Su vida es dura sin ser triste: ciertamente, disfruta de ejercer la medicina y estudiar sin descanso, no deja de procurarse el gusto de bailar en fiestas, pero tiene que ser jefe de familia y mentor, sin descuidar sus propios proyectos personales. Ahí entra en escena el José Gregorio que es quien es y sabe ya quién va a ser por decisión. Es el hombre que no se guarda ningún consejo que se sienta en obligación de dar a los suyos:

Con lo que tú ganas y con el alquiler de la casa de Pajaritos, que te dejo, puedes hacer los gastos de la familia tuya y si te falta puedes ir tomando de los reales que tú tienes, para completarlos, de suerte que no debes emplearlos en más nada que en eso, por lo cual yo no quise que compraras casa, porque la educación de los muchachitos es cara y con dificultad, a menos de mucha economía, podrás hacerla. En mi escaparate hay un paquete para ti en que están las escrituras de la casa de la Palma y también el dinero para pagar los derechos del registro ... debes hacerla registrar, para lo cual debes mostrársela al doctor Guzmán y hacer lo que él te diga; igual cosa deben hacer los de casa. La llave de mi escaparate está en una cajita de hoja de lata que puse encima de él junto con la llave del portón; montándote en una silla las puedes coger⁴.

Y si bien puede sonar superfluo, la decisión de ser-un-padre, lo lleva a tener siempre sus cosas en orden, a no dejar cabos sueltos, a prever y precaver. Esa voluntad de previsión hace aparecer también al José Gregorio que es quien es por destino. Él sabe –lo sabe siempre–

³Al mismo destinatario, 22 de octubre de 1888. *ob. cit.*, p. 69

⁴A su hermano César, 6 de junio de 1908. *ob. cit.*, p. 112.

que va hacia otra parte. Ese ir-a-otra-parte se refiere solo en parte a su decisión de hacerse sacerdote, para lo que habrá de marcharse a Italia, que, valga decir, era un paso que no solo lo sacaba de su país y del hogar familiar que él tanto amaba, también lo sacaba del mundo civil del cual era una figura principal. Él sabía eso: irse era pasar de un mundo a otro. Veamos el momento episodio de su partida.

En 1907, monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, escribió al reverendo padre superior de la Cartuja de Farneta de Lucca recomendando a José Gregorio para la orden de San Bruno. Su aceptación fue oficializada en una carta del maestro de novicios de la Cartuja el 3 de enero de 1908. Desde ese día y por cinco meses, JG se dedicó a estudiar una serie de obras que el maestro de novicios le recomendó leer y fue preparando todos los otros detalles que en la misiva se le indicaban como condiciones de ingreso a la orden. El 4 de junio de 1908 salió en secreto para Puerto Cabello, donde finiquitó todos sus asuntos legales, y el 8 de junio se embarcó para Italia.

El 16 de julio de 1908 ingresó al convento de la Cartuja, donde pasó a llamarse fray Marcelo. La noticia de su “huida” y reclusión en la orden de San Bruno causó gran revuelo en Caracas, donde se despertó una encendida polémica entre partidarios y adversarios de su decisión. Para muchos, incluidos sus pacientes, era un gesto coherente en alguien que encarnaba todas las virtudes cristianas. Para otros, era poco menos que una insensatez, pues pensaban que era irresponsable de su parte abandonar los proyectos científicos que tanto necesitaba el país. Ya la vida empezaba a mostrar que la suerte del médico trujillano era un asunto de todos. Pero lo que nos interesa de esta anécdota es la mezcla de determinación y previsión que se expresa en sus acciones, las cuales tienen para él el sentido de un camino ya trazado. En esa convicción, sin embargo, hay algo que recuerda la imagen de Heidegger que nos habla de que cuando el ser echa a andar, lo que tiene al frente es un inmenso precipicio que lo aterra. Lo que no sabe es que, si él da un paso al vacío, bajo su pie aparecerá un tramo sólido del camino, y por cada paso irá apareciendo –a tramos sobre el vacío– el largo camino

de vértigo que es la existencia. De igual modo, José Gregorio tiene ante sí un abismo, pero él confía en que habrá un piso cada vez que dé un paso.

El problema es que los demás no ven –no pueden ver– lo que su alma sintiente percibe. Su alma pensante, por su parte, se debatirá con la angustia de no ver que el encuentro con su destino termine de cumplirse. Lo socorrerá su alma angélica, visible en reflexiones que pueden resultar inquietantes aún para quienes lo leemos en la doble distancia del tiempo y del estudio:

mi enfermedad es una cosa más bien crónica, prolongada, y, si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros y nos pone seguros en el cielo.

Así le habla el alma angélica de JG a su hermano César desde París, donde está convaleciente. Pero apenas pone el punto sobre la página, surge la voz de su alma pensante:

Pero suponte que yo me cure del todo dentro de cuatro o cinco años; ya para entonces estaré demasiado viejo y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría⁵.

Este asunto de las tres almas de José Gregorio Hernández también se muestra en sus cartas como si en la voz que habla en ellas habitara más de un hombre. Uno era un hijo y un paterfamilias abnegado, severo y bondadoso. El otro, un soltero solitario, diletante, nostálgico, reflexivo, muy inquieto intelectualmente, que parecía no encontrar sosiego. El tono de su voz escrita podía ser afectuoso y algo distante cuando le hablaba a su hermano sobre sus proyectos y le daba consejos sobre las cosas de la familia, como ya hemos visto. Pero cuando tenía que hablar de sí mismo podía llegar a tornarse melancólico y hasta atormentado. Esa apertura emocional solo se la permitía cuando le escribía a su amigo Santos Aníbal Dominici, quien en este mismo lugar leyó su Elegía al doctor José Gregorio Hernández, con motivo de los 25 años de su muerte.

⁵A su hermano César, 27 de mayo de 1914. *ob.cit.*, p. 1914.

Es verdad que no tiene nada de raro que una misma persona se muestre de un modo distinto ante sus familiares, sus amigos, sus conocidos circunstanciales, su pareja o su amante. Ya señalamos, por ejemplo, que el propio José Gregorio dijo acerca de su doble condición de científico y religioso: “Todo es uno”. Aun así, en su caso, esa suerte de desdoblamiento es algo tan marcado, que pareciera revelar algo más complejo e incluso cultivado, propio de una persona muy consciente de sí misma. Una evidencia de esto la encontramos en curioso grupo de tres cartas, tres destinatarios y un tema. Me refiero a las brevísimas esquelas que acompañaban el retrato de pie y riguroso negro que se hizo en Nueva York en el otoño de 1917, esa estampa que pareciera haberse anticipado a su eternización en el imaginario popular.

Una de las tres cartas está fechada el 2 de octubre y es para Dominici. La otras dos datan del 6 de octubre. Una es para su hermano César y la otra para su amiga Carmelina López de Ceballos.

La carta a su hermano muestra el invariable tono afable y sereno con el que se dirigía a él. Aunque es afectuoso y le expresa sus sentimientos, al mismo tiempo se cuida de no ahondar en ello y cierra el asunto pidiéndole la foto a la familia “porque me parece que así no estoy tan separado de ustedes cosa que me es tan dura y difícil de sobrellevar”. Y aclara de inmediato: “a mí me sientan muy bien los viajes, aunque no me gustan, pues siempre he preferido la tranquilidad de la casa”.

La carta a su amiga Carmelina es galante y escrita con humor. Le dice que casi rompe la cámara con “tan disforme imagen”. Le cuenta que ha viajado bastante, que ha disfrutado de París y que en Madrid tuvo la suerte de “de ver de cerca pasando a mi lado, rozándome con su vestido, a la reina de España, el verdadero ideal de la belleza femenina”.

Se ha dicho que le envió el retrato a esta amiga de juventud porque alguna vez pretendió su amor, e incluso no ha faltado quien diga que en efecto tuvieron un romance. Más allá de la veracidad de ese dato, lo cierto es que en esta carta hay un detalle revelador: trata a Carmelina de usted, pero se le escapa el tuteo de un modo que le da a

la esquila una llamativa carga de ambigüedad. En la primera línea le dice: “Me parece que le doy una verdadera sorpresa mandándote mi retrato”. En la despedida la tutea abiertamente: “Dámele un abrazo a misia Gertrudis...” e inmediatamente vuelve a tratarla de usted: “Su amigo afectuoso”.

José Gregorio era muy cuidadoso con sus cartas, la poquísimas veces que en su redacción se percibe algún desajuste es en alguna carta larga, por lo que este detalle pareciera ser una trampa del inconsciente. Si fuera así, ¿estaríamos ante el indicio de una relación o un sentimiento no explícito que encontró cómo abrirse paso en el texto? Y si no lo fuera, ¿podría tratarse de alguna clave para expresarle a su destinaria algo muy privado y despistar a algún curioso en caso de que la carta cayera en otras manos?

El caballero afable y sereno que le habla al hermano y el galán jovial y cómplice que le habla a la amiga desaparecen en la voz de un hombre melancólico, nostálgico y dolido que no encuentra sosiego sino en la certeza “de la dulce muerte tan deseada”. Ese es el José Gregorio que le escribe a Dominicci. Le dice que se siente de nuevo como un estudiante y que “reaparecen” en su mente “las ilusiones y las ambiciones de aquellos tiempos, que afortunadamente hoy se han reducido a polvo”. “Toda esta filosofía, o mejor dicho toda esta melancolía, me la ha dado la vida de estudiante que llevo, agravada por la vista de la fotografía que te mando”. Así se despide, menos de dos años antes de que la muerte acudiera a él, de su destinatario más entrañable.

Estos comentarios, digamos barruntos, son más que afirmaciones, preguntas que me hago a la luz de lo que revelan las cartas de JGH y que las apremiantes ocupaciones del día a día me hacen muy difícil de desarrollar. Lo cierto es que este intento de interpretación a lo interno de su ser, me ha llevado a unos mínimos ejercicios de interpretación externa que me han acercado al prócer civil que en ocasión de su cada vez más probable canonización tal vez estemos cerca de rescatar para la gente. Y creo- que una primera cosa que hay que decir es que el primer milagro de José Gregorio Hernández ocurrió aquí en estos espacios

que hoy albergan a las academias. Y fue un milagro político. Por estos ventanales entraba como un trueno el bramido de aquella multitud que no sabía cómo hacer para que la marcha al cementerio nunca terminara o que por lo menos se demorara más y más.

El 30 de junio de 1919, cuando el féretro de JG asomó por la puerta de los Hernández, sus familiares y allegados cayeron en cuenta de que la calle había desaparecido bajo la masa de gente que clamaba por acompañar a su médico y ángel protector.

En medio de esa marea humana, cientos de universitarios cerraban filas para llevar el ataúd a la Universidad Central, que permanecía cerrada desde octubre de 1912 a raíz de una huelga convocada por la Asociación de Estudiantes de Venezuela.

El tiempo pasó y la universidad seguía cerrada cuando se supo la noticia de la muerte de José Gregorio. Y la gente de la UCV no podía creer que se lo llevaran de este mundo sin rendirle honores en el recinto de su alma mater. Entonces, comenzó a sentirse la voz de los ucevistas, que al fervor de la población sumaron el clamor de que lo llevaran al recinto donde se formó y formó a tantos médicos. El Gobierno acusó la presión y en horas de la noche circuló un Boletín Oficial donde el Ejecutivo Federal disponía que al día siguiente se trasladase su cadáver “al Paraninfo de la Antigua Universidad Central, donde permanecerá en capilla ardiente hasta la hora de sus funerales”. Por eso, no nos queda duda de que el primer “milagro” de José Gregorio fue político: abrió la universidad. Esta no es una afirmación a la ligera ni efectista. Hay que detenerse a pensar en la situación de la universidad en ese momento, para darse cuenta de que aquello debe haber tenido un gran impacto. Fue una manera de que la universidad hiciera ver que estaba viva y tenía un peso, que era un recinto público importante, un valor de la ciudad y de la sociedad, y el espacio natural para que una figura como José Gregorio Hernández, que había movilizadado a aquella multitud, estuviese allí. Porque él era un hombre de la universidad.

Pero también era un hombre de la Iglesia; tanta era su fe que en dos ocasiones intentó ser sacerdote. Y pudo perfectamente haber salido de la casa de su hermano hacia la catedral y de ahí al cementerio, pero

al forzar esa parada en el paraninfo, los ucevistas estaban consumando una acción política de alto valor simbólico, aun cuando no los moviera esa intención sino el dolor por la pérdida de uno de sus más ilustres maestros. Y así como casi de inmediato despertó en la gente la convicción de que José Gregorio la acompañaría siempre, como un ángel, se hizo más clara la idea de que él era una figura del conocimiento, un símbolo del saber como ámbito contrapuesto a la arbitrariedad poder.

En todo caso, ocurrió lo que él decía pueblo, universidad y ciudad, todo eso junto, fueron

UNO.